

EL DESORDEN DE LOS LIBROS



Massimo Gatta

EL DESORDEN DE LOS LIBROS

Prólogo de
Luigi Mascheroni

Epílogo de
José Luis Melero

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

fórcola
Singladuras

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Bibliotecario, Georg Reimer, 1866.

Museo Nacional de Varsovia

Título original: *L'insolenza e l'audacia. Sul disordine dei nostri libri*, Graphe.it, 2021

© Massimo Gatta, 2021

© Del prólogo, Luigi Mascheroni, 2021

© Del epílogo, José Luis Melero, 2021

© Fórcola Ediciones, 2021

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-27208-2021

ISBN: 978-84-17425-02-9

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO, por Luigi Mascheroni.....	7
El desorden de los libros	13
Un dilema que viene de lejos	17
Entre la entropía y el desorden	26
Casi una historia	37
Anaqueles famosos	41
La anarquía de los anaqueles	61
Algunos beneficios desordenados	65
EPÍLOGO, por José Luis Melero	79
BIBLIOGRAFÍA	91
NOTAS	123
ÍNDICE ONOMÁSTICO	163
AGRADECIMIENTOS	173

PRÓLOGO

Luigi Mascheroni

TRATAR DE ORDENAR la propia biblioteca cuando el número de volúmenes supera una cifra que pueda considerarse significativa –digamos 10.000 libros, porque por debajo de ese número no tiene sentido hablar de ello: es mejor dedicarse a la filatelia, que ocupa menos espacio– es como proponerse domesticar la vida: regular la alimentación, reducir los vicios, reajustar los gastos, seleccionar las amistades, jerarquizar los compromisos, emplear mejor el tiempo libre, organizar el garaje y el sótano... cosas así. Se puede intentar con una o dos estanterías durante un mes; durante un año como máximo una pared. Después, inevitablemente, todo vuelve a sumirse en el caos. Y está bien así.

Si existe un Dios de los libros (yo me lo imagino como el *Bibliotecario* que pintó Arcimboldo: un volumen enorme en folio en lugar de espalda y brazos, marcapáginas que hacen las veces de dedos, el rostro formado por libros pequeños, un lomo de libro por nariz y dos opúsculos en lugar de labios... y un abanico de páginas blancas, las páginas de un libro abierto, formando

una tupida cabellera) pretenderá de sus adeptos furor, pasión y Babilonia, que rara vez coinciden con orden, disciplina y compostura. Poseer millares de libros no es una virtud, sino un pecado irresistible que supera incluso a la destrucción de un patrimonio y, a veces, a la de un matrimonio. No es casualidad que la parte más bella del Paraíso de los bibliófilos sea *El infierno*.

Cuando se vive con y para los libros el desorden es perfección. El orden absoluto siempre es casualidad. La sobrecarga, ligereza. Y el mejor criterio para poner en orden los libros es no tener ningún criterio. Es más: lo mejor de todo, desde determinado punto de vista, sería no tener ni siquiera un libro, porque así se elimina el problema antes de vernos obligados a afrontarlo. Sería muy bello únicamente soñarlos...

La clasificación decimal Dewey, el método del seminario alemán, la colocación por áreas de pensamiento, la *Bibliotheksgestalt* hegeliana, el *esprit de système*, la catalogación por correspondencias... Cada uno es libre de elegir el sistema que prefiera para ordenar su biblioteca. Pero la mejor opción es siempre la libertad absoluta. Casualidad, vacilación, anarquía, mezcla: una Babel infinita, citando a Jorge Luis Borges.

Por lo demás, eso que llamamos desorden no es más que una forma más compleja de orden, que está clarísimo en la mente del sujeto desordenante y se manifiesta según esquemas que no

son previsibles desde el punto de vista matemático ni programables desde el lógico. A su manera, es algo perfecto. La vida misma, con sus tortuosas estratificaciones, es la más potente de las confusiones. Si nosotros mismos nos permitimos el desorden, ¿por qué no lo aceptamos en nuestros libros?

Desordenen que, además, no hace falta que sea total. Es mucho mejor ese otro falsamente casual, el efecto despeinado, la confesión estudiada. Se llama discordancia preestablecida: la biblioteca irresistible es una tienda de *trouvailles* de papel, el almacén de un *bouquiniste*, la mesa de trabajo de Giovanni Testori, la casa-estudio de Vanni Scheiwiller, la kasbah de Casiraghi... Parece desorden, pero es pura armonía.

Dividid vuestras librerías por áreas culturales. Divididlas por nacionalidades: literatura italiana, francesa, alemana, hispano-americana. Separad los clásicos griegos y latinos de la poesía, la gráfica de la crítica, organizad el saber por materia escolástica (historia, filosofía, ciencia, arte, teatro, cine... ¡qué aburrimiento!). Podéis quedaros con el orden alfabético, por autor, cronológico, cromático (qué horribles los anaqueles de Adelphi en tonos pastel, colocados los libros en degradado desde el verde inglés hasta el marfil.... ¡Y esas filas de azul Sellerio! O las cadavéricas de los Supercoralli de Einaudi...). Reagrupad vuestros libros según el formato o

la editorial, que queda tan de revista de decoración, o por áreas semánticas, que queda muy de profesora democrática. O por altura (!), lo que os convertirá en enanos del sagrado arte del desorden libresco.

Pero a mí dejadme mi perfecto desorden. Dejadme alternar cuidadosamente libros altos con otros más bajos, filas de libros en vertical con otras en horizontal; dejadme acumular mis libros sobre libros, junto a libros, bajo libros, nietzscheanamente, *Más allá* de los libros *del bien y del mal*, Barion Editor, 1924, ejemplar amarillento, un poco manchado... Dejadme mi único método que es no tener método, procediendo absolutamente al azar, apilando los libros unos sobre otros, según se adquieren (o se roban, cosa que ocurre a menudo), amontonándolos por estratos bibliogeológicos, rellenando huecos, nichos, intersticios y dobles fondos... (el verdadero bibliómano sufre, por naturaleza, de *horror vacui*) y entregándose, cuando se tiene que buscar un título, únicamente a la memoria, dote de la que andamos sobrados, a diferencia de la cultura. Sí, creemos en el desorden como la forma más alta de conocimiento alternativo.

El vacío, en la naturaleza, siempre acaba rellenándose. De volúmenes. Y las bibliotecas no se hacen: aumentan. Los libros son plantas trepadoras de papel, que crecen a toda velocidad, agreden los muros, los tabiques, las columnas,

las escaleras, los pasillos... Llenan todas las habitaciones y rincones disponibles, infestan todos los ambientes y germinan por desorden espontáneo, infringiendo toda frontera geopolítica, todo sentido cromático, toda exigencia de formato; mezclándose, confundiéndose y –sobre todo– perdiéndose. Al ser la biblioteca doméstica un sistema de entropía máxima, lo mínimo es no conseguir nunca encontrar un libro. Para eso están las librerías, donde va uno a comprarlos, y las bibliotecas públicas, donde va a sacarlo en préstamo. Pero para nosotros no sirve.

Nosotros, si acaso, tenemos tres reglas de oro: una, no prestar nunca un libro; dos, no leerlo, porque se destroza el canto y se estropean las páginas; y tres, no ordenar los libros jamás.

Por lo demás, las mentes más creativas tienen las bibliotecas más desordenadas. Que es otra manera de decir que tener una biblioteca en desorden también es un arte para el que se requiere mucho sentido estético, pocos principios éticos y –*ça va sans dire*– bastante espacio. Que es lo único que importa cuando se habla de libros.



Estudio de Massimo Gatta. © Ludovica Gatta

El desorden de los libros

Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.

JORGE LUIS BORGES, *La biblioteca de Babel*

Las palabras son nuestro desorden.

GIORGIO MANGANELLI,
Discorso dell'ombra e dello stemma

Por lo demás, cada biblioteca tiene una forma propia que trasciende el simple orden de los libros, pero reclama una estructura arquitectónica, una praxis que es a la vez orientación y cultura... Es decir, el libro, la forma tangible de esta praxis.

MARCO FILONI, *Inciampi*

¿No será que el sentido de la existencia de los libros no consiste en ordenarlos, sino en tenerlos en multitud desordenada? ¿Es en el desbarajuste donde se celebra la grandeza inexplicable del caos? ¿Será la complejidad de una biblioteca desorganizada lo que nos hace percibir el teorema de la refracción sobre la Tierra?

GIUSEPPE MARCENARO,
Perversioni inconfessabili

Un dilema que viene de lejos

DESDE LA ANTIGÜEDAD los hombres se han preguntado, pero también reprobado, por el orden que han de dar a los libros dentro y fuera de las bibliotecas, ya fueran éstas públicas o privadas¹. En Alejandría, por ejemplo, los innumerables rollos de papiro de la biblioteca fundada en el siglo III a.C. por el general macedonio Tolomeo I, que había estado a las órdenes de Alejandro Magno, estaban perfectamente colocados en los anaqueles o nidos² y las tiras de pergamino, cuero o tela (*sittybos* para los griegos y *titulus* para los latinos, que dio luego lugar al término *título*), empleadas para identificar cada uno de los rollos (*volumen*)³, colgaban del extremo visible como lenguas sutiles, abarquilladas y resecas por el calor, para que quien buscara aquellos rollos pudiera encontrarlos, bien por vez primera bien al cabo de un tiempo. O tal vez se conservaban en los llamados *armaria*, o depositados sobre una mesa (*mensa*), pero colocados en cualquier caso en determinado orden general, físico y mental, para el que «[...] no se ha inventado aún nada mejor que el anaquel», escribe

Borsani⁴. Aquella «biblioteca desaparecida»⁵ fue la obra maestra de Zenódoto de Éfeso, que dispuso en riguroso orden alfabético el inmenso patrimonio libresco, mientras Calímaco de Cirene se ocuparía después de catalogarlo, si bien para Séneca todos aquellos rollos representaban nada más «una forma de decorar el comedor», consideración que encontró en su sucesor Luciano de Samósata un indudable aliado crítico⁶.

Pero Zenódoto y Calímaco ya habían caído en la obsesión por el orden perfecto. Después cambió la forma: tablillas de arcilla, *volumen* (rollo), *codex* (hojas de pergamino unidas unas a otras), libro, *ebook*... Pero la exigencia que ha quedado es la de entonces: todavía hoy reina, soberano, el *horror vacui*. En todos nosotros impera ese miedo a perder, y no volver a encontrar nunca, los libros propios o ajenos. Vamos, que los libros se puedan perder ellos solos, espontáneamente, dentro de casa⁷. ¿Es ésa tal vez la consecuencia del antiguo terror a perderse y no volver a encontrarse? ¿Temer que los libros puedan convertirse (igual que nosotros, en el fondo) en «cosas de esas que acaban ‘en el solar de Justiniano’»? ¿O como en un relato de Carmen Verde⁸, para no volver a salir a la vista ni al tacto, es decir, a la vida? Creo que ésta sería durante siglos la exigencia primera de los hombres que, obstinados, han tratado de encontrarlos, recogerlos, cuidarlos, ordenarlos, catalogarlos

y, en definitiva, colocarlos en un orden quirúrgico, para luego poder localizarlos. Y, al final, perderlos de nuevo.

En su panfleto «altamente metafísico» dedicado a cómo poner una biblioteca en orden (palabra, por lo demás, polivalente y ambigua donde las haya: se puede enviar una orden de compra con el pedido a Amazon o, como en este caso, poner en orden la biblioteca de casa), Roberto Calasso –fundador de la editorial Adelphi– escribe en las primeras páginas, mencionando a Kant:

El orden de la propia biblioteca es un tema altamente metafísico. Siempre me ha maravillado que Kant no le dedicara un breve tratado. De hecho podría ser una buena ocasión para profundizar en una cuestión fundamental: qué es el orden. El orden total es imposible, simplemente porque existe la entropía. Pero sin orden no se puede vivir. Con los libros, como con todo lo demás, es preciso encontrar una vía intermedia⁹.

Pero lo cierto es que, ya a finales del siglo XIX, Giovanni de Michele (bibliotecario de la Biblioteca Provincial Bernardini de Lecce desde 1898) escribió un panfleto prácticamente desconocido y muy raro en el que se hacía la misma pregunta filosófica que Calasso¹⁰, persiguiendo ese orden meticuloso por materias que hemos descubierto

también en la suntuosa –e inaccesible– biblioteca de uno de los personajes de la novela encontrada en la librería del anticuario, editor y escritor Alberto Vigevani¹¹, marqués de Tornas-tori:

Llegaron a un área donde había varias estancias caldeadas, de pequeño tamaño, con las paredes atestadas de libros encuadernados la mayoría en piel, de esa curtida que llaman ‘cuero’ y que usan los salesianos en los orfanatos: meticulosamente ordenados, divididos por materias, sin una mota de polvo. [...] Además la biblioteca estaba ordenada por materias y no por formatos, como era costumbre en la época: en una parte historia y erudición, en otra ciencia, viajes y geografía –con una extraordinaria colección de atlas–, etcétera. [...] En la parte inferior, pergaminos color marfil con grandes ilustraciones doradas del Atlas de Blaeu; encima, los de la serie del *Arcano del Mare*, en tafilete rojo oscuro, de los que le había hablado Venable, el *Ortelius* de Plantin, en piel de becerro color castaño, el *Tolomeo* de Estrasburgo, editado por Serveto, cuyo nombre había borrado de un plumazo, muy probablemente, aquel joven abad bibliotecario que temía a la Inquisición; aún más arriba se encontraba el *Tolomeo* de Roma, de 1508, en pergamino flexible y sin ninguna ilustración¹².